



## ¡CADA UNO EN LO SUYO!

Manuel LUACES SANJUÁN  
Infante de Marina



ORRÍA el año 1971. Cumplía su servicio militar en la Sección de Armas de la 2.<sup>a</sup> Compañía de Fusiles del 1.<sup>er</sup> Batallón de Desembarco del Tercio de Armada un soldado «mu eshao p'lante», cuyo oficio en la vida civil era el de novillero (bueno, casi torero a punto de tomar la alternativa, a su decir, al haber debutado ya con picadores) y cuyo nombre de guerra era *El Algareño Chico*, por ser de una pedanía cercana a El Algar.

¡Había que verle y oírle con la pasión que ponía cuando hablaba del mundo del toro! (aunque por el momento, y al decir de algún que otro compañero por aquello de mortificarle, sus «enemigos» en el albero no pasasen de ser «vaquillas desechadas de tienza»). La verdad es que fueron muchas las veces que *El Algareño Chico* nos ilustró a toda la sección

(público entregado donde lo hubiese, justo es decirlo, y generoso en «¡olé!») con lecciones magistrales del arte de Cúchares aprovechando alguna que otra tediosa espera o momento de descanso alrededor de una amable fogata (exhibiciones de «toreo de salón» incluidas, con algunas licencias indumentarias —uniforme y botas de campaña por traje campero corto y botos; teresiana atravesada por montera y poncho mimetizado por capote de brega—), mientras corría de mano en mano la «bota de cargo» a la que le dábamos buenos tientos entre muchos olés, palmas, algún que otro silbido y lanzamiento de objetos cuando la faena no resultaba del agrado del respetable. Como detalle de su «profesionalidad y empaque toreril», cabe apuntar que cuando se colocaba la prenda de cabeza, fuese la gorra o el casco, siempre se atusaba las cejas con estudiado y serio gesto.

El que estas líneas suscribe, a la sazón teniente y comandante de dicha sección, le había manifestado más de una vez su desapego personal a la fiesta brava, aunque también dejando bien clara, por otra parte, su admiración y el reconocimiento del valor del que hacían gala los que se enfrentaban a los toros en la arena de los ruedos (así como su personal incapacidad para emularles), opinión que era compartida por el jefe de su pelotón, el entonces cabo primero Saavedra Fajardo (hoy teniente en situación de reserva). A este reconocimiento, el torero en ciernes solía argumentar, en un acto de humildad, que la cosa no era para tanto, que aunque el desasosiego siempre rondaba y roía silenciosamente por dentro había que superarlo echándole serenidad, ya que todo consistía en «tener oficio», estudiar y conocer bien al enemigo, manejar los trastos con sabiduría y bregarlo con arte (¡casi nada!).

Sucedió que, en cierta ocasión, durante un ejercicio de tiro en el Polígono de Camposoto, una granada contracarro disparada precisamente por el «torerillo» rebotó sobre el blanco sin hacer explosión y, después de describir una elegante segunda parábola, fue a colarse por el tejadillo de una de las garitas habitualmente utilizadas por la Guardia Civil del Servicio de Vigilancia de Costa (precautoria y felizmente desocupada), situada a unos sesenta o setenta metros en lateral a la línea de tiro, para ir a quedarse empotrada en la tablazón de su suelo sin haber hecho explosión (las granadas de los lanzacohetes de entonces no eran como los inteligentes misiles de ahora y «desconocían» la teoría y a veces la práctica de la correcta —y única— parábola de tiro).

Una vez inspeccionado el lugar y evaluada la situación, decidí neutralizar su espoleta manualmente allí mismo, ya que no era posible desencajarla de su empotramiento y trasladarla con seguridad afuera, ni tampoco era el caso de privar a los sufridos «números» de su precario refugio (el agujero en su tejadillo era fácilmente subsanable; pero no así las posibles consecuencias de una destrucción *in situ* de la granada, por muy controlada que se pretendiese), por lo que, en compañía del citado cabo primero Saavedra, nos pusimos manos a la obra. Como quiera que estos ejercicios de adiestramiento formaban parte del plan de alistamiento intensivo del batallón que se encontraba entonces en

situación de alerta, estábamos autorizados a actuar expeditivamente, sin tener que recurrir a los Equipos de Desactivación de Explosivos de la Compañía de Zapadores, que se reservaban para los IED, y esto al fin y al cabo no era más que un EOD —acrónimos (1), por cierto, que eran desconocidos por aquel entonces, pero que se sabía perfectamente de lo que iban—, eso sí, con la venia del capitán de la compañía, J. Bermúdez Prescedo.

En el despliegue del correspondiente dispositivo de apoyo, al cuasi torero le correspondió ocupar un puesto muy cercano al punto caliente, desde donde pudo seguir visualmente, sin perder detalle, toda la faena a través de la entreabierta puerta de la garita, aunque cuerpo a tierra detrás de una duna (desde el burladero, diría después él).

Cierto que la cosa estuvo algo complicadilla, y la operación de desactivación se prolongó un tanto, pero al fin la coronamos con éxito, ni mejor ni peor que otras veces. Ya retirando el dispositivo de apoyo, nos lo encontramos un tanto sorprendido y con gesto atónito, y al hacerle un comentario al respecto, nos suelta, a modo de respuesta: «¡Mi teniente!, ¿y uztede eran los que desían que hasía falta musho való p'ponese alante d'un toro? ¿Y p'ezto qué?».

Dadas las circunstancias —aunque el caso había sido para nosotros de cierta rutina—, su comentario nos sonó a sincero halago, pero la respuesta, «puesta a huevo», se terciaba y salió también: «¿Y no eras tú también el que decías que todo tan solo consistía en conocer bien al “enemigo”, tener oficio, y aplicarlo con arte? ¡Pues en esto es lo mismo!».

Como ya apunté, mi afición por la fiesta brava era y sigue siendo escasa, por lo que no puse atención en seguir su trayectoria toreril; pero mucho tiempo después de aquello, ya en el año 1994, mandando yo el Grupo Mecanizado Anfibio del TEAR, me lo encontré como invitado en la fiesta de aniversario del Cuerpo; me contó que había llegado a ocupar un puesto significativo en el escalafón taurino (aunque con otro «nombre de guerra» —según la moda, sin apodo, con su nombre de pila y apellido— que omito) y que ya se había cortado la coleta, aunque seguía en el mundo del toro como apoderado. En la conversación, recordando experiencias en común, sacó a relucir aquel episodio de la granada errante, revelándome que, asomado en el burladero de alguna plaza en el trance de estudiar a su «enemigo» (vestido ahora según las normas, concentrado, montera calada y atusadas las cejas, supongo yo), en más de una ocasión se le había presentado como una ráfaga el recuerdo de aquella sensación de inseguridad que había sentido en aquel otro burladero (el de arena en Camposoto): la inseguridad causada por el debido respeto a algo que él no dominaba; ¡cada uno en lo suyo!

---

(1) IED: *Improvised Explosive Devices* (artefactos explosivos improvisados).  
EOD: *Explosive Ordnance Disposal* (artefactos explosivos normalizados).